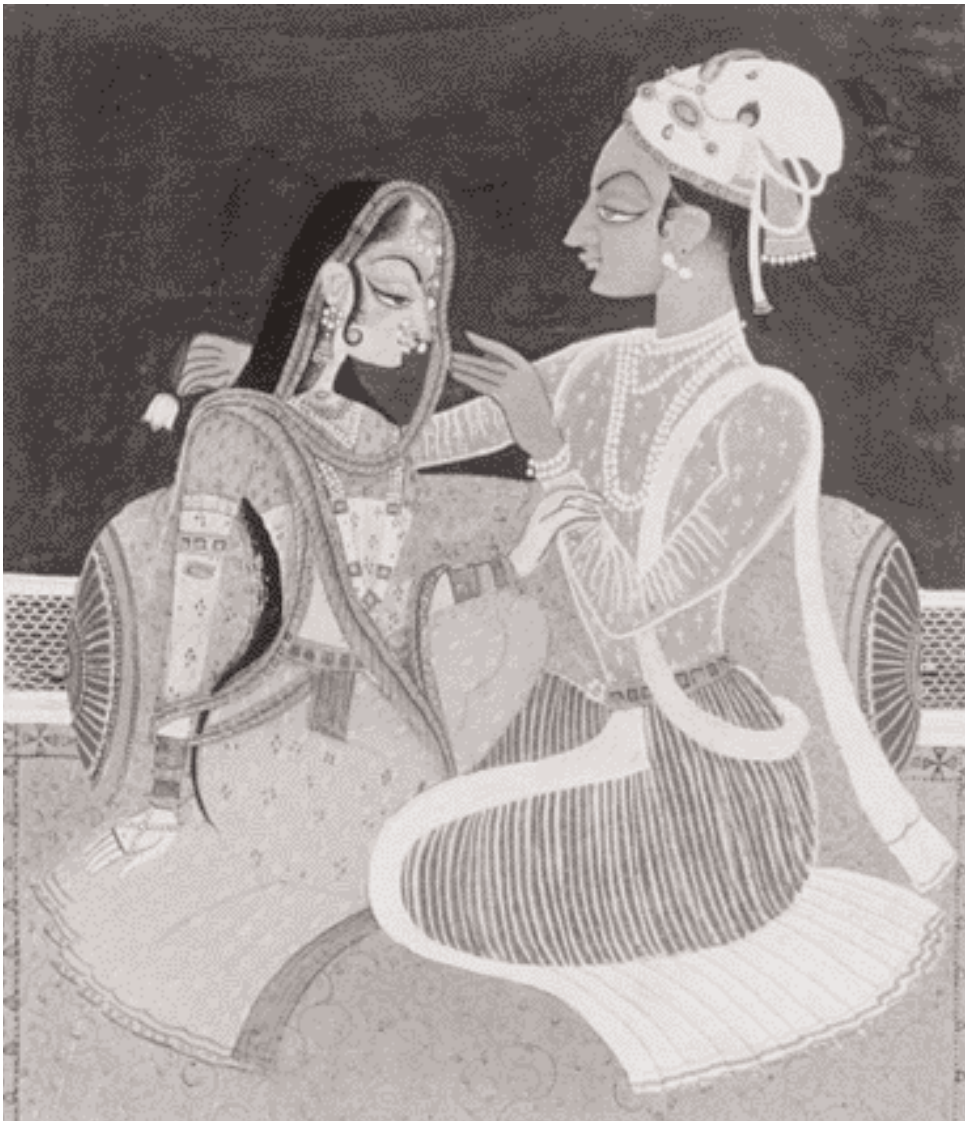


La medicina en la antigua India

Juan Antonio Rosado



Escuela de Kishangar, *Kishna y Radna*, en una terraza, 1760

Juan Miguel de Mora (México, 1921) ha sido, a lo largo de más de treinta años, el investigador que más ha contribuido a la difusión y a la reflexión seria y responsable en torno a la literatura, a las filosofías y, en general, a la cultura de la India antigua. Junto con Marja Ludwika Jarocka, este sanscritista reconocido a nivel mundial nos brinda —por primera vez en lengua espa-

ñola— la oportunidad de asomarnos a un terreno casi desconocido por el mundo occidental y aun por una buena parte de los hindúes: el desarrollo de la ciencia en la India de la antigüedad. Fruto de más de diez años de investigación, estos *Apuntes para una historia de la ciencia en la India antigua* exponen con amenidad, sencillez y profundidad muchos de los impresio-

nantes adelantos que, incluso antes del surgimiento de una civilización como la griega, tuvieron en materia científica los pensadores del subcontinente indio. Baste decir que en la India se produjo la ciencia más adelantada de su tiempo. Como es natural, una tarea de las dimensiones que se plantearon Juan Miguel de Mora y Ludwika Jarocka sólo puede darse a la luz pública en varios volúmenes, y ello a pesar de que sean sólo “apuntes”. El primer tomo, al que dedicaré las siguientes líneas, se refiere a las medicinas humana y veterinaria. En la *Introducción*, De Mora nos recuerda que el sistema decimal, el concepto de cero, el álgebra en sus inicios y otras aportaciones a la ciencia universal son descubrimientos de la India que los árabes —sin negar jamás que los habían aprendido allí— llevaron al llamado mundo occidental.¹ También nos recuerda la lamentable bestialidad —con el perdón de las bestias— del imperialismo británico en el subcontinente hindú, imperialismo que, entre otras cosas, no tuvo el más mínimo remordimiento por haber destruido el Palacio de Agra para vender los mármoles de que estaba hecho; y si tal imperialismo (racista y segregador) no hizo lo mismo con el Taj Mahal fue porque los mármoles del Palacio de Agra no se vendieron bien...

Pero refirámonos brevemente al contenido sustancial de esta aportación a la historia de la ciencia médica. *Ayur Veda* (no confundirlo con el *Yajur Veda*) es la forma con que los antiguos hindúes llamaban a la medicina; se traduce como “ciencia de la

¹ En este sentido, Jarocka y De Mora han publicado también *Historia de las matemáticas y de la astronomía en la India antigua*, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2003.

longevidad” o “ciencia de la vida”. Juan Miguel y Ludwika comienzan su exposición sobre esta disciplina teórica y pragmática remontándose a las civilizaciones pre-arias de Mohenjo-Daro y Harappa, donde la higiene —en tanto medicina preventiva— tuvo un lugar preponderante. Posteriormente, extraen del *Rig Veda*—libro de himnos que los invasores arios llevaron al subcontinente— una serie de palabras que se refieren a órganos y secreciones del cuerpo humano, con el fin de mostrar el

avance en cuanto a observación que los médicos hindúes tenían unos dos mil años antes de nuestra era. Sorprende, por ejemplo, el hecho de que esos médicos llegaron a fabricar prótesis.

Ya en épocas muy antiguas, el *Ayur Veda* elaboró la noción de puntos vulnerables o *Marman* (de la raíz *mri*, morir). Asimismo, contra lo que suele creerse, las oraciones, las prácticas mágicas, los conjuros y las divinidades, si bien tienen su importancia en los *Vedas*, no así en la medicina

clásica — eminentemente pragmática—, donde los dioses no suelen ni siquiera ser tomados en cuenta. Prácticas como el catarismo vesical (introducir un objeto hueco, por ejemplo una caña, hasta la vejiga, a manera de sonda), el empleo de cicatrizantes, la psicoterapia, así como la presencia de médicos ambulantes —independientes de la religión y despreciados por los sacerdotes— eran comunes en los remotos tiempos védicos, es decir, en el mismo principio de la cultura sánscrita. Pero incluso en el seno de los *Vedas*, el conjuro iba acompañado de un tratamiento que se expresaba en un texto auxiliar. También, contra lo que se ha creído comúnmente, en la India no sólo hubo espiritualismo, sino también materialismo (y ateísmo):

Es digno de tomarse en cuenta —dicen los autores— que los materialistas de la antigüedad hindú (muy anteriores a nuestra era) llamados *carvakas* [pronúnciese *charvaka*] o *lokayatas* decían que la vida y la conciencia son resultado de combinaciones químicas que se producen en la materia, tesis que sostiene hoy la ciencia más avanzada. Y ponían como ejemplo el hecho de que la fermentación de vegetales no intoxicantes, como el arroz, produce licores intoxicantes. También decían que los movimientos y acciones de los niños recién nacidos como el mamar, la tristeza o la alegría y otras reacciones se pueden explicar como actos reflejos debidos a estímulos externos y los comparaban con algunas flores que se abren o se cierran según sea de día o de noche.

No obstante, las corrientes materialistas más extremas fueron opacadas y casi aniquiladas por el espiritualismo y por los idealismos reinantes (la creencia en una divinidad absoluta e impersonal, así como en sus manifestaciones —los dioses— y en las almas individuales, emanaciones también de esa Alma Universal). Lo anterior no impidió, de ningún modo, el desarrollo de la medicina, ciencia preocupada por la salud mental y corpórea. Megastenes, embajador del rey Seleuco y autor de *Indica* (siglo IV-III a. C.), habla de hospitales para gente rica, que poseían un diseño arquitectónico en el que se manifestaba la im-



Escuela de Garual, *El encuentro en el estanque, s/f*

portancia de la higiene y de la salud mental del paciente. Más tarde, Duttha Gamani fundó dieciocho instituciones para asistir a los pobres. Además, se ha comprobado que existían hospitales para animales. Esto no tuvo solución de continuidad. El viajero chino Fa-Hsien, por ejemplo, señala en pleno siglo V de nuestra era, la existencia de hospitales gratuitos.

La cirugía —a diferencia de otras culturas antiguas, que empleaban fundamental o totalmente la herbolaria— llegó en la India a adelantos extraordinarios:

La cirugía —aclaran los autores— es ciencia pura (en relación a su época) que nunca se dejó influir ni por la religión ni por la superstición.

De hecho, había más de cien instrumentos quirúrgicos. Sobre la anestesia, nunca existió el problema de la carencia, como en Occidente, ya que se utilizaba la poderosa droga *sammohini*, que dejaba insensible al paciente, y otra para acelerar su retorno a la conciencia.

Había varios tratados de medicina, pero dos son los más importantes: el *Charaka Samjitá* y el *Susruta Samjitá*. El afán clasificatorio y descriptivo de los antiguos hindúes es extraordinario: todo lo clasificaban y subclasificaban; lo describían y detallaban. Los tratados de medicina no son la excepción: allí se habla hasta de los tipos de alcoholismo. Éstos y otros tratados describen la práctica de la cesárea, la cirugía plástica, la operación de cataratas, etcétera. Es ya conocido que fueron los cirujanos ingleses de la Compañía de Indias Orientales quienes tomaron lecciones de rino-plastia de sus colegas hindúes. Pero uno de los aspectos más asombrosos es el empleo tanto de suturas externas (con fibras e hilos de distinta especie) como internas:

Cuando se trataba de heridas internas, por ejemplo del vientre, en las que era indispensable utilizar materia orgánica reabsorbible en las suturas, se usaban [...] hormigas grandes cuyas mandíbulas mordían y sellaban las heridas de intestinos perforados mientras el cirujano sujetaba cuidadosamente los bordes. Apenas sujetas las mandíbulas de la hormiga, se cortaba la



Escuela de Basohli, *Radja prepara la habitación de Krishna*, final del siglo XVII

cabeza de ésta, que así equivalía a lo que en la medicina actual es una grapa. Con este procedimiento, se lograba resolver el grave problema de la reabsorción del material de la sutura.

La medicina, no obstante, tuvo seguramente que enfrentarse a obstáculos de índole religiosa. Hubo médicos que negaban (incluso sin proponérselo) la ley del *karma* (la causalidad, el fruto de lo que se hizo en otras vidas), ya que se preocupaban por curar el cuerpo presente, sin ocuparse de ningún tipo de determinismo ni llegar a la conclusión de que, si el paciente padece una enfermedad, es porque se lo merece dado su comportamiento en una vida pasada. Muy lejos estaban los médicos de esta actitud.

Aunque brevemente, los autores también se refieren a la debatida cuestión del vegetarianismo en la India:

El vegetarianismo extendido en aproximadamente una mitad de los habitantes de la India no sólo no es un precepto religioso establecido en algún texto sino que en realidad no procede del hinduismo. Se supone que el vegetarianismo procede de la religión jaina, abanderada del *ahimsa*, la no-violencia contra ningún ser vivo, cuya influencia se extendió a los hinduistas más ortodoxos. Pero

los más antiguos *Upanisads* no sólo aconsejan comer carne sino que se refieren directamente a carne de vacuno.

En cuanto a la veterinaria, medicina independiente de la humana, existía incluso un tratado especial para los elefantes (el *Hastyayurveda*).

Los autores de este ameno y revelador libro no sólo se apoyan en las fuentes directas (los textos sánscritos, lengua que conocen y de la que han traducido —para bien de la cultura mexicana— libros clásicos de la literatura universal) sino también en investigaciones precedentes sobre el tema, como las del destacado médico y sanscritista francés Jean Filliozat. Estoy seguro de que este libro podría —si las autoridades académicas y los profesores tuviesen curiosidad y voluntad de actualizarse— cambiar los programas de historia de la ciencia. El empleo de la razón es, en el ser humano, mucho más viejo de lo que la ignorancia de los eurocentristas se imagina. **U**

Juan Miguel de Mora y Marja Ludwika Jarocka, *Ayurveda. Apuntes para una historia de la ciencia en la India antigua (Medicina humana y medicina veterinaria)*, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2002, 244 pp.